

Poesía vertical

1

Es suficiente una ventana abierta
o una puerta cerrada,
una flor que demora en marchitarse,
una hendidura de silencio,
una música que apenas se percibe
o un signo peregrino que se para.

Aunque a veces se confunda,
el corazón del hombre ama la desnudez.
También el pensamiento ama la desnudez,
aunque también se confunda ciertas veces.

El hombre trata en vano de vestirse,
cuanto todo le enseña
que aun cada minuto desviste al anterior,
que la intemperie está debajo del abrigo
y lo consume desde adentro,
que el silencio despoja a cualquier nombre
y que toda palabra está desnuda.

La mirada lo sabe
cuando va a desflorar por el aire.
El sueño lo sabe
cuando inventa sus muñecos empañados.
Los dioses lo saben
y quizá por eso no aparecen.

Herencia de los soñados paraísos,
sólo la desnudez cubre a la desnudez.

La herencia de los sueños será siempre
nuestra más alta posesión.

2

El error que comete una cosa
al caer de tus manos,
la absurda equivocación de una hoja
al no caer sobre la tierra,
la confusión de un aroma
que emigra de una flor
y se va a perfumar un pensamiento,
no deben atribuirse
a sus modales inexpertos
sino al defecto fundamental que el azar distribuye
como una noche quebrada
por el apocalipsis encubierto de los días.

Esta concreta conspiración del desierto
indica que la historia aún no ha empezado
y el hombre sólo registra en sus anales
inciertos simulacros de antistoria.

Tan sólo una imaginación regenerada
que trace los movimientos del regreso,
del perfume a la flor,
de las hojas al árbol,
de una cosa a tu mano,
del azar al azar,
de la noche a la noche,
puede iniciar la historia verdadera.

El mundo está repleto
de anodinos fantasmas.
Hay que hallar los fantasmas esenciales.

3

Más tarde o más temprano
hay que poner la mano sobre el fuego.

Tal vez pueda la mano
aprender antes a ser llama
o quizá persuadir a la llama
para que tome la forma de una mano.

Y si fallaran ambas cosas,
tal vez puedan la mano y la llama
resolverse en los átomos ya libres
de una distinta claridad.

O quizá simplemente
calentar un poco más el universo.

4

También hay espacios hechos de nada,
ámbitos imprescindibles para descansar un momento,
ya que de todas las cosas
hay que descansar un momento.

Y hay además ciudades hechas de nada,
hombres, caminos, árboles,
palabras hechas de nada,
libros, muertes, amores,
mundos hechos de nada.

Si el corazón se combina con ellos
tal vez comience a oír una música
también hecha de nada,
la única que puede abrir lo cerrado,
la única que no necesita interrumpirse.

Por otra parte,
cuanto todo sea nada,
sólo perdurará esa música,
nada más que esa música.

5

Todos hablan
de lo que han encontrado en el camino.

Algunos también hablan
de lo que no han encontrado.
Y unos pocos se refieren
a lo que no es posible encontrar.

Pero hay quienes hablan de un encuentro
que surge como una emboscada entre las manos,
como una golondrina que nunca formó parte
de ninguna bandada,
como un gesto secreto que recoge
la compasión que falta en los encuentros.

Todo encuentro se crea
como agua ante la sed.
El resto es un espejismo
que ni siquiera alcanza
para desconcertar al desierto.

6

La visita ha sido excesivamente breve.
Hace pocos momentos
se nos abrió la puerta.
Nuestra procedencia
no era del todo clara
y no estábamos preparados
para esta visita.
Creímos, sin embargo,
que sería por más tiempo.
Tal vez nos confundieron
las señales del arribo.

Descubrimos después
otra puerta cerrada.
Comprendimos muy pronto
que era la puerta de salida.
Nos sorprendió que existieran dos puertas
y no una solamente
para entrar y salir.

Poco más comprendimos.
Dimos algunos pasos,
dijimos pocas cosas,

hallamos otros rostros,
a algunos los amamos.
Y no siempre había luz.
Aunque en algún momento
creímos que la luz
estaba para siempre.

La puerta de salida
ha comenzado a abrirse.
La visita concluye.
Ahora miramos más las flores,
tratamos de escuchar al silencio,
callamos más que antes,
velamos las palabras
delante del umbral.

En vano hemos tratado
de oír algo de afuera.

7

Cuando carezco de luz,
la luz me parece imposible.

Cuando quedo fuera del poema,
el poema me parece imposible.

Cuando dejo de mirarte,
tú me pareces imposible.

Cuando pierda la vida,
la vida me parecerá imposible.

Y si pudiera no pensar,
pensar me parecería imposible.

Desde afuera de una cosa,
esa cosa es imposible.

Y desde afuera de todo,
todo es imposible.

Pero hay una excepción:
desde adentro de mí,
yo también soy imposible.

8

Estar.
Y nada más.
Hasta que se forme un pozo abajo.

No estar.
Y nada más.
Hasta que se forme un pozo arriba.

Después,
entre ambos pozos,
se detendrá un instante el viento.

9

Tu aliento te corrige.
Tu aliento me corrige
y también corrige al mundo,
como un duende sonámbulo
que empaña el cristal de la ventana
y traza allí los símbolos que enlazan
la vida con la vida.

Desde el fondo de las formas más antiguas,
las formas anteriores al aliento,
surge a veces una metástasis de formas
como para borrar aquellos símbolos,
pero tan sólo los rodean
con los trazos protectores del origen.

Y esos trazos entonces los abrazan
como si pretendieran protegerlos
de las infaustas intemperies
o quizá del momento incorregible
en que tu aliento ya no empañe
el ya neutro cristal de la ventana.

10

Las palabras se desfondan,
salvo en el hueco inasible del poema,
en su loca profecía del presente.

Sólo el silencio permite el reconocimiento.
Pero el silencio ya no existe.
Sólo existen las ruletas enajenadas
que no aciertan ya ningún número
y distraen de la cifra de la muerte.

A veces, sin embargo, el silencio renace
como un espacio que reemplaza al vuelo,
entre ciertas palabras que se olvidan del oído,
ciertos dolores que parecen amores,
ciertas caídas que ascienden no sé dónde.

Entonces el silencio rescata a las palabras
o las palabras abandonan sus traiciones
y generan nuevamente el silencio,
como el único terreno disponible
donde pueden germinar casi en la nada
las semillas que creímos imposibles.

Y si hubiera una cosecha,
aceptaríamos también que esa cosecha
la recogieran otros.

11

Un gesto amenazante nos rodea.
Quizá menos que un gesto:
una amendrentadora expectativa
que parece dudar
entre acusarnos con su dedo incriminante
o agredirnos desde su zócalo invisible.

Pareciera algún dios desplazado,
el falaz sustituto de un dios

o el rencor de su reemplazo,
enquistado en el aire
para hacernos respirar penosamente
lóbregas inminencias.

O tal vez sea tan sólo
el consternado círculo
con que las propias cosas nos circundan,
la compunción, no la amenaza,
con que todo contempla nuestro paso,
nuestra fugacidad inexplicable.

Quizá fuera preferible
una orla de hielo,
la desatenta espalda de las cosas,
el círculo de nada
donde yacen los dioses.

Un silencio por fin deshabitado.
Ni piedad ni amenaza:
la honda seguridad
del silencio sin nadie.

12

Periódicamente,
es necesario pasar lista a las cosas,
comprobar otra vez su presencia.
Hay que saber
si todavía están allí los árboles,
si los pájaros y las flores
continúan su torneo inverosímil,
si las claridades escondidas
siguen suministrando la raíz de la luz,
si los vecinos del hombre
se acuerdan aún del hombre,
si Dios ha cedido
su espacio a un reemplazante,
si tu nombre es tu nombre
o es ya el mío,

si el hombre completó su aprendizaje
de verse desde fuera.

Y al pasar lista
es preciso evitar un engaño:
ninguna cosa puede nombrar a otra.
Nada debe reemplazar a lo ausente.

13

Hemos llegado a una ciudad sagrada.
Preferimos ignorar su nombre:
así le podemos dar todos los nombres.
No encontramos a quién preguntar
por qué estamos solos en la ciudad sagrada.
No conocemos qué cultos se practican en ella.
Sólo vemos que aquí forman un solo filamento
el hilo que une toda la música del mundo
y el hilo que une todo el silencio.

No sabemos si la ciudad nos recibe o nos despide,
si es un alto o un final del camino.
Nadie nos ha dicho por qué no es un bosque o un desierto.
No figura en ninguna guía, en ningún mapa.
Las geografías han callado su ubicación o no la han visto.

Pero en el centro de la ciudad sagrada hay una plaza
donde se abre todo el amor callado
que hay dentro del mundo.
Y sólo eso comprendemos ahora:
lo sagrado
es todo el amor callado.

14

Sacar la palabra del lugar de la palabra
y ponerla en el sitio de aquello que no habla:
los tiempos agotados,
las esperas sin nombre,

las armonías que nunca se consuman,
las vigencias desdeñadas,
las corrientes en suspenso.

Lograr que la palabra adopte
el licor olvidado
de lo que no es palabra,
sino expectante mutismo
al borde del silencio,
en el contorno de la rosa,
en el atrás sin sueño de los pájaros,
en la sombra casi hueca del hombre.

Y así sumado el mundo,
abrir el espacio novísimo
donde la palabra no sea simplemente
un signo para hablar
sino también para callar,
canal puro del ser,
forma para decir o no decir,
con el sentido a cuestas
como un dios a la espalda.

Quizás el revés de un dios,
quizá su negativo.
O tal vez su modelo.

15

El poema convoca al humo
para encender la lámpara.

Los fuegos apagados
son el mejor combustible
para los nuevos fuegos.

La llama sólo se enciende
con su pasado.

Roberto Juarroz